

5.º domingo ordinario A



*Vosotros sois la sal de la tierra.
Vosotros sois la luz del mundo. (Mt 5,13.14)*

Primera lectura

Isaías 58,7-10

Esto dice el Señor: Parte tu pan con el hambriento, hospeda a los pobres sin techo, viste al que va desnudo, y no te cierres a tu propia carne. Entonces romperá tu luz como la aurora, en seguida te brotará la carne sana; te abrirá camino la justicia, detrás irá la gloria del Señor. Entonces clamarás al Señor y te responderá. Gritarás y te dirá: "Aquí estoy".

Cuando destierres de ti la opresión, el gesto amenazador y la maledicencia, cuando partas tu pan con el hambriento y sacies el estómago del indigente, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se volverá mediodía.

Segunda lectura

1 Corintios 2,1-5

Hermanos y hermanas: Cuando vine a vosotros a anunciaros el testimonio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna sino a Jesucristo, y éste crucificado.

Me presenté a vosotros débil y temeroso; mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.

Evangelio

Mateo 5,13-16

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: – Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente.

Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una vela para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa. Alumbre así vuestra luz a los hombres para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo.

Meditación

Estamos ante dos proverbios en forma de parábola que definen la misión de los discípulos de Cristo: sal y luz. Utilizamos la sal para condimentar los alimentos. Desde esta aplicación de la sal, el proverbio parabólico vendría a significar que los discípulos de Cristo, a modo de fermento, deben influir en el mundo ayudándolo a descubrir el sentido de la vida para que no quede atrapado por sus tendencias y aspiraciones rastreras. Pero la sal, sobre todo en la antigüedad, era utilizada también para evitar la corrupción de los alimentos. Desde este uso de la sal, el tono de gravedad de la enseñanza sería el siguiente: los discípulos de Cristo deben preservar al mundo de la corrupción.

¿Cuál es la razón de ser la sal del mundo? En el mundo judío la metáfora de la sal significaba la sabiduría. Los cristianos poseen la verdadera sabiduría, el evangelio, la palabra de Dios. Químicamente hablando la sal no puede perder su sabor. Únicamente, a fuerza de usarla, puede perder su poder de salar. Teniendo en cuenta esta propiedad de la sal, un rabino del siglo primero comentaba despectivamente el sinsentido de este proverbio de Cristo. Su comentario da a entender que el proverbio de la sal puede aplicarse a significar el contenido de la revelación, la palabra de Dios. Ahora bien, los judíos son los depositarios de la misma y este privilegio no les será quitado por nadie. Según esto, el proverbio de Cristo afirmarí que el papel de Israel, ser depositario de la palabra de Dios, ha pasado a sus discípulos, a la Iglesia.

La metáfora de la luz también era conocida del judaísmo. Precisamente Isaías había anunciado que Israel sería la luz de las naciones. En el caso presente se dice de los discípulos de Jesús. Pero los cristianos son la luz del mundo porque y en la medida de su pertenencia a Cristo, que es la luz del mundo. También aquí, como en el proverbio anterior, la luz hace referencia explícita a la palabra de Dios. La luz está allí donde Dios se manifiesta con su palabra. Jesús, que es la luz, es el portador de la palabra. El mismo cambio puede aplicarse a los discípulos de Cristo: son la luz del mundo; tienen la luz, la palabra de Dios.

La imagen de la ciudad edificada sobre un monte procede también del mundo bíblico-judío. El símbolo del destino glorioso de Israel era la ciudad de Jerusalén, edificada sobre un monte, hacia la cual deberían peregrinar todos los pueblos para dar culto a Dios. Jesús lo aplica a sus discípulos y afirma que son ellos el nuevo Israel; por eso puede utilizar la misma imagen del monte. Pero esto deben serlo los discípulos de Cristo de modo permanente: una luz no se enciende para colocarla debajo del celemín. Esta expresión resulta ininteligible a no ser partiendo de las costumbres de la época de Jesús. El alumbrado se hacía a base de grasas; apagar a sople una lámpara de aquéllas equivalía a llenar la habitación de un tufo irrespirable. Por eso se hacía colocando un celemín o cualquier otro recipiente que se tuviese a mano sobre la llama para que, al faltarle el oxígeno, se apagase sin producir el tufo. Cristo dice, simplemente, la luz encendida no debe apagarse, debe iluminar siempre.